

La situación actual de la Animación Misionera en América Latina y el Caribe y sus desafíos frente al Tercer Milenio

Esteban Raschietti

I. Introducción

Este mi escrito quiere ser el de un sencillo hermano que trabaja en la Animación Misionera de su Iglesia a través de la prensa y del contacto frecuente con las comunidades del Brasil. Soy italiano, de la última generación de misioneros más allá de las fronteras que vinieron a América Latina como señal de comunión y solidaridad entre las Iglesias con el compromiso de la misión *ad gentes*.

Mi punto de vista, por lo tanto, es el del que viene de una Iglesia con una antigua tradición al respecto. *Antigua* puede significar al mismo tiempo *rica*, y también *superada*. Espero que sea, en todo caso, otro punto de vista.

Desde que llegué, siempre en São Paulo, lidiando con la vida y con el mundo de la gran ciudad que, doy fe, representa hoy uno de los mayores desafíos tanto para el continente como para el mundo entero. São Paulo es una *gran plaza* latinoamericana: ofrece oportunidades de contactos, de expresiones de encuentro y de intercambio en todos los niveles y sectores. Ofrece, para quien viene de fuera, un tipo de visión, tal vez equivocada, de América Latina: una mezcla de tradiciones y

culturas latinoamericanas lidiando con el ritmo y los valores impuestos por la modernidad.

A partir de ésto podemos intentar abordar el tema indicado. Un punto de vista es siempre *una vista de un punto*, muy limitado (particularmente el mío). Por eso, os pido una participación animada a integrar mis observaciones con las contribuciones de vuestra andadura.

II. Contextualización

El Papa Juan Pablo II, en su Mensaje al COMLA 5, presentó tres grandes **desafíos** para la misión de la Iglesia a partir de América Latina:

1. **La Evangelización inculturada**, más concretamente el encuentro del Evangelio con las culturas indígenas, afro-americanas y mestizas.

2. **La Nueva Evangelización** para profundizar, completar y corregir las deficiencias de la "primera evangelización". No se trata de "re-evangelizar", como afirman las conclusiones de Santo Domingo (SD 24) en una cierta tensión con la *Redemptoris Missio*. Es continuidad de la primera evangelización, liberándola de las amarras de la colonización a través de una evangelización inculturada.

3. **La misión "ad gentes" o "más allá de las fronteras"**, para la cual, dice el Papa, "América Latina se siente llamada a dar desde su pobreza".

Ahora bien, estos tres aspectos principales deben constituir una necesaria plataforma cuando nosotros queremos hablar de *Animación Misionera* (AM), o sea, de la actividad que sensibiliza a nuestras comunidades con respecto a la misión *ad gentes*.

En su caso específico, sin embargo, la AM se define más como un servicio a la Iglesia local más relacionado con la **misión ad gentes - más allá de las fronteras** (3ª dimensión). Deberá ser, sin duda, una AM *inculturada*, y también uno de los elementos de la novedad de la *nueva evangelización*. Pero, más específicamente, la AM deberá objetivarse concretamente en colocar *el contexto mundial y no cristiano* a la atención de la acción evangelizadora de las Iglesias latinoamericanas.

Para evitar malentendidos y discusiones sobre este término no feliz *más allá de las fronteras* (¿fronteras geográficas?, ¿existen fronteras geográficas?, ¿la misión *ad gentes* es sólo más allá de las fronteras geográficas? etc.) preferimos hablar de **dimensión planetaria de la misión**, hasta donde nos sea posible.

III. Enfoque

Entre los varios desafíos que nos fueron ofrecidas por el COMLA 5 en este sentido, las *Exhortaciones Finales* del Legado Pontificio me parecieron las más oportunas para una reflexión sobre la AM en América Latina. Podemos destacar siete importantes párrafos de este discurso, que constituyen una propuesta de evaluación y programación de nuestro caminar.

La llamada: *"Llegó la hora: no por un acto de buena voluntad, de generosidad, o a causa de una "opción preferencial", sino porque, para América Latina y el Caribe, ponerse decididamente en marcha por la vía de la Evangelización ad gentes es hoy la tarea más importante que los "signos de los tiempos" les confían, en cuanto exigencia que brota de su propia identidad, de su vocación universal, de la vitalidad de su fe".*

El camino: *"¿Qué hacer? La respuesta, la entrega y el programa son uno: **activar en todas partes aquella dinámica Animación Misionera**, capaz de despertar e impulsar, en todos y en cada uno de los sujetos eclesiales, aquella conciencia afectiva y activa de la dimensión misionera universal ad gentes, constitutiva de su propia identidad cristiana. Para eso es indispensable que todos los pastores (...) incluyan, inmediatamente, **"la AM como elemento primordial de su pastoral ordinaria"** (RM 83) "*

Las exigencias: *"AM no es solamente cultivar en las diócesis, parroquias y grupos eclesiales una cierta simpatía por las misiones, sino llegar a tocar las fibras más profundas de ellas, mediante: a) la información misionera actualizada y constante; b) la formación misionera específica, permanente y programada; c) la dinámica promoción de las vocaciones misioneras.*

El objetivo: *"La AM tiene un objetivo preciso: disponer el cuerpo eclesial para la **cooperación misionera**".*

Las actitudes: “a) Hacer el esfuerzo para superar la crónica visión centrada en las problemáticas y necesidades internas; b) Desprenderse de una dependencia económica y de personal, empeñándose, al mismo tiempo, en asumir un verdadero espíritu de pobreza; d) Disponerse ya y ahora para la misión en Asia; e) No multiplicando, sino dinamizando los organismos misioneros existentes”.

Las modalidades: “La cooperación ha de ser espiritual, económica y donación personal”.

Los horizontes: “Ad intra y ad extra”.

Podemos decir que la AM tiene como objetivo la conversión de cada Iglesia local en una **Iglesia extrovertida**, mirando hacia fuera, comunicativa y abierta al mundo, que busca llevar el Evangelio a quien no lo encontró explícitamente o lo perdió. Es un **nuevo estilo de ser Iglesia** que la AM ha de promover en nuestros contextos eclesiales.

IV. Ver

¿Cuál es, entonces, el caminar de nuestras Iglesias en este sentido? ¿Qué dirección estamos tomando en relación a la AM? ¿Cuál es la tensión existente entre grandes eventos organizados (COMLAs, Infancia Misionera, Envío de Misioneros) y la conciencia misionera de base de nuestras comunidades?

Vamos a reflexionar en grupo y profundizar mejor estos aspectos respondiendo a estas preguntas:

1. ¿Cuáles son hoy las **tendencias** en la AM de América Latina?
2. ¿Cuáles son hoy las **fuerzas** en la AM de América Latina?
3. ¿Cuáles son hoy las **flaquezas** de la AM en América Latina?
4. ¿Cuáles son los **interrogantes** que nos plantea hoy la AM en América Latina?

V. Juzgar

Sólo podemos comprender la acción evangelizadora de la Iglesia en el mundo dentro del horizonte del misterio de la *comunión trinitaria* (cf. TMA 1). Ella se explica por la misión del Hijo y del Espíritu como señal de amor de Dios Padre hacia nosotros. La relación de amor que define a nuestro Dios como único en tres personas es una relación abierta a todos, abierta e interesada en el *otro* que es centro de atención de este amor, de esté continuo dar la vida. Esto es lo que llamamos salvación, liberación, redención, Reino, Vida en abundancia para todos.

La misión está profundamente unida al misterio de la Trinidad. La misma Iglesia, en cuanto sacramento de este misterio, se inspira en la Trinidad como modelo, programa e ideal a alcanzar. La razón última de que la Iglesia sea misionera, extrovertida, abierta a los otros, es el misterio de la Trinidad.

En una técnica catequética para explicar el misterio de la Trinidad, se usa un interesante ejemplo de matemáticas: $1+1+1=3$ no es el caso de nuestro Dios; nuestro Dios es $1+1+1=1$. Esta operación siempre da **uno**. Podemos colocar "n" multiplicadores que da siempre **uno**. La relación de comunión y de amor, que tiene sus raíces en el gesto de dar la vida, sólo puede generar *una cosa sólo*, una sola familia (en la diversidad), una sola humanidad (en la comunión entre las diferencias).

Hasta que nuestras comunidades no sean, de alguna forma, expresión *Dios Amor*, no podemos hablar ni de comunidades misioneras ni, en términos rigurosos, de comunidades cristianas.

La primera gran tarea de la AM es despertar esta conciencia en las Iglesias locales: nuestra mesa de la eucaristía debe transformarse en mesa de la comunión de todos los pueblos y de todos los pobres de la tierra, de la que *ninguno* es excluido.

VI. La opción por los pobres

Por eso, la AM debe partir necesariamente de la gran marca registrada de los "concilios" latinoamericanos que fue la **opción por los pobres**, ante oprimidos, ahora excluidos. Santo Domingo reafirma esta

opción evangélica como "firme e irrevocable" y que nos compromete (178). Todo el mundo nos mira como la Iglesia que hizo proféticamente la opción por los pobres, que "descubrió en los rostros sufrientes de los pobres el rostro del Señor", y espera de nosotros una contribución en esta dirección, con esta sensibilidad, a fin de que la acción evangelizadora de la Iglesia en el mundo vuelva finalmente a privilegiar a los pequeños.

Don Pedro Casaldáliga decía que la Iglesia de América Latina para ser Misionera debería cada vez más hacer esta opción: "si no hacemos eso en relación a la mayoría de los pueblos que pretendemos evangelizar, que son pueblos pobres, la evangelización será un sarcasmo".

La misma dimensión de la **inculturación**, si no brota dentro del horizonte de la *liberación* y de la *solidaridad* con los pobres es puro folklore. Inculturación no quiere decir *descender* y *despojarse* en un contexto cultural. Inculturación, quiere decir, en primer lugar, *solidarizarse* con la situación histórica de cada pueblo, siguiendo las enseñanzas de Jesús que se encarnó en la historia de la humanidad, se solidarizó con los pobres de su pueblo y dio la vida por ellos.

A partir de esta opción, el papel de la AM es ayudar a cada Iglesia a descubrir siempre más el **potencial evangelizador del pobre** para superar una visión asistencialista que confina a la mayoría de nuestro pueblo a ser eterna y simplemente *objeto* de evangelización. Esta visión está mucho más enraizada en el estilo de actuar de la Iglesia y de los misioneros de aproximarse al pueblo que lo que pensamos. En el fondo, tenemos miedo de perder nuestra identidad cristiana y el sentido de nuestra misión si un día el pobre *deja de ser pobre*.

Descubrir el potencial evangelizador del pobre nos lleva por este camino a revisar todo un concepto de misión: el objetivo de nuestra misión debe ser Jesucristo, no el pobre en sí o mi relación con el pobre. Esto quiere decir que es el anuncio que yo llevo el que libera, no mi acción/intervención humanitaria. Cristo exige de la persona conversión y compromiso: del pobre también. Asumir la propia vocación bautismal y la propia historia de liberación se transforma, por esto, en el principal objetivo de la acción misionera (que no debería desdoblarse en

evangelización y promoción humana, sino que debería ser entendida solamente como *acción evangelizadora*).

Si reflexionamos sobre el potencial evangelizador del pobre, descubrimos qué profética y provocativa es esta realidad para una evaluación del rostro de la misión en América Latina y en todo el mundo. Ella pasa a ser, no ya una obra asistencialista, hasta a nivel espiritual, sino un movimiento de abajo para arriba de una gran toma de conciencia de los pobres de la propia identidad cristiana a través de la llamada a la solidaridad con todos los pueblos.

La mayor contribución de los COMLAS para el caminar de la Iglesia latinoamericana fue exactamente madurar en esta conciencia de que el *evangelizado* pasa a ser, de ahora en adelante, *evangelizador*: con toda su historia, cultura, fe y memoria.

En este sentido, la AM debe ayudar a la Iglesia local a descubrir cada vez más las últimas consecuencias de la opción por los pobres, haciéndoles **protagonistas** de su historia y **responsables** de la historia de la humanidad.

VII. Dar y Recibir

En la recuperación de su identidad y cultura el pobre pasa a redescubrirse y a descubrir un tesoro propio: él es *rico* de fe vivida y de culturas llenas de la presencia y de la revelación de Dios. Este es un paso fundamental para madurar en la conciencia misionera de nuestros pueblos. Quien viene de 500 años de resistencia, tiene una sabiduría, una fe que transmitir y una historia para contar. Por eso, lo específico de este continente no es su pobreza, sino su **riqueza religiosa y cultural**.

Por lo tanto, otra gran tarea de la AM es concientizar a nuestras comunidades de que ellas tienen mucho *para dar* a partir de su historia, cultura y vivencia de fe y lucha. No podemos, por ejemplo, comenzar una AM sin partir de la memoria de nuestros mártires: ellos nos convidan a asumir el compromiso más allá de las fronteras como servicio de la vida hasta el fin, más allá de todas las fronteras del amor propio. En la historia de nuestra Iglesia latinoamericana tenemos innumerables ejemplos de dedicación a la causa de la vida, de la

justicia y de la solidaridad con los empobrecidos. No podemos prescindir de estas memorias si queremos promover verdaderamente una espiritualidad misionera latinoamericana en nuestras comunidades.

La historia espiritual de nuestros pueblos y de nuestras Iglesias es una historia profundamente rica.

Por este motivo, no debemos tener sólo conciencia que América Latina recibió mucho a lo largo de estos siglos, y que por eso hoy debe motivarse a ofrecer misioneros y cooperación misionera. Es mucho más: debemos tener conciencia de nuestra propia riqueza y de la llamada imprescindible de nuestra vocación que nos proyecta para la dimensión planetaria de la misión. Una Iglesia local no debe *dar* solamente porque percibe que *tiene o que ha recibido*. No es por banales cuestiones de deuda que debemos motivar a nuestras comunidades a abrirse para más allá de las fronteras. Nosotros debemos *dar* por el simple instinto de nuestra vocación cristiana.

Sólo después de haber tomado conciencia de que nosotros tenemos algo de importante para dar, debemos disponernos a *recibir*. Los otros también tienen algo importante *para ofrecer*. De lo contrario, tendremos una nueva evangelización colonizadora... lo que sería muy vergonzoso para nosotros, pues aprendimos que éste no es el camino.

El recibir es vital para la oxigenación de nuestras Iglesias. La experiencia muestra que una Iglesia que se abre y recibe es una Iglesia que crece y madura; una Iglesia que se cierra muere ahogándose en los propios problemillas.

Disponerse a *recibir* es disponerse a valorizar la historia, la cultura, la fe y la memoria del *otro* a través del mismo proceso con el que descubrimos y revalorizamos nuestra historia, cultura, fe y memoria. O este proceso es global, o no puede valer solamente para nosotros. Así como nosotros aprendimos que tenemos algo *para dar*, por el mismo camino, si es auténtico, aprendemos que tenemos mucho *para recibir*.

Al final, lo que se realiza de absolutamente indispensable para la madurez eclesial es el *intercambio*. El *dar* no tiene que convertirse en limosna y el *recibir* no tiene que ser simplemente explotación de recursos. Por el contrario, el intercambio es camino absolutamente necesario para que nuestras Iglesias no se atrofien dentro de sus

problemas internos, vivan la propia vocación planetaria y coloquen en el centro de su atención *a los otros*, y no a ellas mismas.

VIII. La exigencia de una conciencia de globalidad

Sólo así, la Iglesia podrá enfrentar un gran desafío de su misión en el umbral del Tercer Milenio: realizar una *intensa intereclesialidad* para volver a ser ante los ojos del mundo un **signo profético de una nueva humanidad intercultural**.

El mundo ya no tiene fronteras. Somos una aldea global. Una de las grandes novedades de las últimas décadas es que hoy ningún país, ningún pueblo, ninguna persona está aislada del mundo, y los movimientos en la economía internacional afectan a todos ellos.

Antes, por ejemplo, cada país buscaba soluciones para sus problemas dentro del marco de sus propias fronteras. Se exigía de la sociedad y del gobierno acciones que resolvieran estos problemas. En la medida en que los que detentaban el poder no mostraban interés en el asunto, se presionaba y se buscaba elegir otros políticos comprometidos con la vida de los pobres. Por lo menos era así como se pensaba. Hoy la situación cambió bastante. El acontecimiento político interno de un país se transformó en algo demasiado pequeño para las grandes cuestiones económicas, políticas, sociales, internacionales que afectan a nuestra vida cotidiana.

Realmente, el mundo está necesitando organismos internacionales que hagan el papel de "gobierno mundial" democrático, capaces de controlar el capitalismo financiero especulativo, que se convirtió en un gigante, y las grandes corporaciones transnacionales.

Es en este campo donde la Iglesia debe redescubrir toda su *catolicidad*. Pocas instituciones comprometidas con la causa de los pequeños, tienen articulaciones y conexiones internacionales tan densas y ricas como la Iglesia.

La **dimensión planetaria de la misión** constituye, por lo tanto, una llamada extremadamente actual y urgente. No vamos a conseguir a corto plazo realizar un gran sindicato de los países pobres frente al dominio del FMI y del Banco Mundial. Sería "la

solución", pero es utopía. Lo que debemos conseguir realizar es ser **signo de solución y medio de solución** para el mundo a través de nuestra intereclesialidad.

Así como la evangelización en el siglo XVI vino a caballo con el gran proyecto de colonización (porque era la única manera de realizarla en aquella época), así hoy, la evangelización tiene que ser vinculada a un gran proyecto planetario de vida para la humanidad.

Papel primordial de la AM es sensibilizar a nuestras comunidades sobre esta realidad mundial. Hoy el cristiano es llamado, más que cualquier otro hombre de la tierra por su misma vocación, a ser un **hombre planetario**, o sea, una persona que tiene responsabilidad no sólo sobre sí, sino sobre la salvación del mundo entero a través de sus opciones, sus actitudes, su conciencia y sus compromisos.

IX. Dentro del proceso de la modernidad

Al final, el mayor desafío para la misión de la Iglesia en la actualidad es **la modernidad**. Aquí, en Africa, en Europa, en Asia, la problemática parece ser la misma. La cuestión indígena, por ejemplo, se define como desafío no tanto en sí misma, sino frente a la invasión del mundo moderno. Hasta tal punto que nosotros nos preguntamos: ¿quién ha de ser evangelizado? ¿el pueblo indígena o nuestro mundo?

Esto porque la modernidad es vehículo de una cultura completamente diferente de cualquier otra cultura tradicional de la faz de la tierra. La cultura moderna propone una cosmovisión inédita, profundamente influenciada por la revolución tecnológica pre y pos industrial. Ella rompió totalmente el control de pensamiento impuesto por la Iglesia, como el de cualquier otra cultura tradicional. El dominio del saber y de manipular garantiza al hombre moderno la total independencia. La verdad, para el hombre moderno, ya no es un misterio, sino algo que puede ser comprobado y verificado. El cielo perdió el significado que tenía antiguamente, así como la localización de la tierra, el espacio del universo, el concepto de tiempo, el significado y el sentido de la muerte y de la vida, etc.

La Iglesia durante todo este siglo tuvo que rehacer continuamente nuevas síntesis teológicas, éticas, sociales para volver a proponer la

única verdad de siempre frente a los nuevos desafíos. Nacieron hasta nuevas áreas teológicas sobre todo en relación a la moral.

El hombre moderno es un **hombre completamente nuevo** frente al cual la Iglesia, con su propuesta, todavía no sabe cómo colocarse. Más aún: en el mundo moderno la Iglesia es una **minoría** entre las otras y no una mayoría absoluta como en la época de la cristiandad.

No sabría decir si la Iglesia hoy tiene conciencia de esto. Probablemente, no está o prefiere no estar suficientemente convencida de haber perdido el monopolio religioso, ético e institucional. Pero de hecho el dato sobresaliente de este fin de milenio es el siguiente: la Iglesia Católica es minoría no sólo en los países no cristianos de Asia sino también, y en primer lugar, frente al proceso de modernidad dentro de los propios países de antigua y nueva cristiandad.

Este elemento coloca a la comunidad cristiana en un estado de diáspora entre los pueblos *paganos*, debiendo aceptar el desafío de la misión *ad gentes* como tarea y compromiso primordial de su presencia en el mundo, aceptando también el horizonte del diálogo y del pluralismo como único camino para realizarlo.

Ciertamente, no podemos comparar a la ligera la situación de un contexto afectado por una evangelización secular con la de un contexto en donde esto aún ni siquiera se dio. Por otro lado, sin embargo, la modernidad pone en jaque el monopolio cultural del cristianismo, como el de cualquier otro horizonte cultural tradicional, en cualquier parte del mundo. Por eso, cualquier actividad de la comunidad cristiana hoy puede ser entendida como *misionera ad gentes*.

La AM debe tener plena conciencia de esta realidad. Pues no puede convidar dar a las Iglesias locales a prescindir de alguna forma de su empeño con la nueva evangelización para lanzarse más allá de las fronteras. Debe, por el contrario, presentar esta perspectiva como la extensión necesaria de su acción misionera dado que los desafíos son planetarios y no restringidos al propio país, diócesis, parroquia, comunidad. No es posible crear, en ningún lugar del mundo, una isla feliz. Y si se pudiese, sería la más osada y cobarde hazaña del amor propio, o sea la negación de la propia misión confiada por Jesús a su Iglesia.

Por este motivo el cristiano hoy debe adoptar imprescindiblemente el mundo como su hogar y solidarizarse con todos los pueblos anunciando el Reino de Dios y denunciando todo lo que se opone a él.

X. Actuar

¿Qué hacer entonces? El COMLA 5, en sus conclusiones, dio algunas pistas. Otras, muy concretas, fueron afirmadas enérgicamente por el Card. Tomko. Creo que tal vez necesite subrayar más algunos aspectos del actuar respecto a la AM.

1. En primer lugar, la AM se debe definir como una actividad intra-eclesial de **educación a la mundialidad**. No por querer dejar de lado otros aspectos de la misión *ad gentes*. Sino para especificar y objetivar concretamente el servicio que la AM tiene que desarrollar en el ámbito de cada Iglesia local. El riesgo que yo veo es el de generalización: todo es misión, entonces vamos a hablar de todo y todos pueden participar. Acabamos sin hablar de nada, sin conseguir siquiera sacar una conclusión para nuestro trabajo.
2. Este servicio específico en el ámbito de cada Iglesia debe llevar a las comunidades cristianas a tener una mayor aproximación con las Iglesias y los pueblos del mundo entero, de modo particular de Africa y de Asia. Esto a través de una acción de **sensibilización**, todavía (parece) sin hacer, y de **información constante** a través de los periódicos misioneros más populares y especializados, producción de videos de calidad y materiales catequético-bíblico-litúrgico para la formación de los agentes.
3. Por eso, se necesita una articulación de las fuerzas misioneras, humanas y materiales, bastante uniforme sobre algunos puntos: particularmente unidad en el compromiso de trabajar sobre la **dimensión planetaria de la misión**.
4. Los animadores misioneros deberán tener un ardor, **una actitud decididamente provocadora**, casi agresiva al abordar el tema de la vocación misionera más allá de las

fronteras de cada cristiano: *quien no es misionero más allá de las fronteras no es cristiano.*

5. Se necesita concertar esfuerzos en la **animación de la juventud y de los niños**, por medio de ellos conseguiremos muy buenos resultados. A través de ellos, después, podremos llegar a los adultos y a los líderes de las comunidades.
6. Pero para conseguir todo ésto se necesita encontrar en los varios contextos de nuestras Iglesias, diócesis y parroquias, **brechas** para poder trabajar, aunque a veces ésto suponga negociar pacientemente con obispos y sacerdotes.
7. Otro frente importante de empeño para la AM está constituido por la **animación de los religiosos**, la mayoría perteneciente a congregaciones misioneras internacionales. Nos engañamos si pensamos que los religiosos y las religiosas tienen una buena formación misionera más allá de las fronteras. Tampoco podemos decir que no la tengan... Pero, sin duda, se necesita despertarla a través de una enérgica sacudida.
8. Finalmente, invitar a **los misioneros extranjeros** que trabajan en nuestras Iglesias a confiar más en el potencial evangelizador del pobre, a no tener miedo a la acción del Espíritu que actúa en la re-expresión de la fe dentro de las culturas latinoamericanas... a "dejar" de ser misioneros y trabajar más para que nuestras Iglesias se hagan misioneras. Don Luciano Méndez de Almeida decía: "estos misioneros fueron verdaderamente misioneros entre nosotros, pero no nos enseñaron a convertirnos en misioneros".

De momento, pienso que es muy prematuro planear otros pasos sin haber hecho antes una evaluación de un serio programa de sensibilización de nuestras bases, un comprometer a los agentes en la AM y un apostar serio en medios y recursos en este sentido. Esto no quita la posibilidad de ofrecer siempre a los grupos pistas y sugerencias de empeño y de trabajo concreto.

XI. Conclusión

América Latina fue proclamada por el Papa como "continente de la esperanza misionera". Y realmente esto representa una gran visión del Sumo Pontífice. Una visión profética.

A primera vista, nadie de nosotros apostaría tanto sobre nuestras Iglesias. Pero él valora la andadura de nuestros pueblos de manera sorprendente: el entusiasmo de nuestro personal, lo genuino de la religiosidad popular, el tesoro de sus culturas, el compromiso por la liberación, por la solidaridad y por la justicia, el nuevo estilo de ser Iglesia de nuestras comunidades, el protagonismo de los laicos en la acción evangelizadora...

Todas son características de una manera inculturada de expresar la fe cristiana, diferente y distinta de la de cualquier otra Iglesia, sobre todo si la relacionamos con las Iglesias de antigua tradición misionera más allá de las fronteras.

Consecuentemente, la misión también cambiará su rostro: será la misión de una Iglesia pobre que sólo podrá ofrecer la inagotable riqueza de su fe. Será la misión de una Iglesia que no tendrá ninguna pretensión de dominar, sino que se colocará al mismo nivel de los otros pueblos para narrar la Buena Nueva de Jesucristo asumida y vivida dentro del sagrario de sus culturas.

La mayoría de nosotros, mirando a nuestros pueblos, nunca proyectó algo de tan largo alcance como Juan Pablo II. Nunca osamos pensar que indígenas, negros, emigrantes, "favelados" pudiesen asumir como protagonistas el desafío de la dimensión planetaria de la misión.

En la alborada del Tercer Milenio, el Papa tuvo esta visión. Un signo de los tiempos para América Latina muy osado, que desafía primero a nuestras conciencias y después a nuestra acción.

La AM representa, por ésto, uno de los compromisos más proféticos para nuestras Iglesias e inaugura nuevos tiempos.